

Pereyra, C. y Reyes, A. (2021). *Senderos que se bifurcan. Cartas 1914-1933*. Edición y estudio introductorio de Aurora Díez-Canedo. Universidad Nacional Autónoma de México

Autor:

Miguel Rupérez Pascual

Universidad Complutense de Madrid, España

mirupere@ucm.es

 <https://orcid.org/0009-0003-5708-6191>

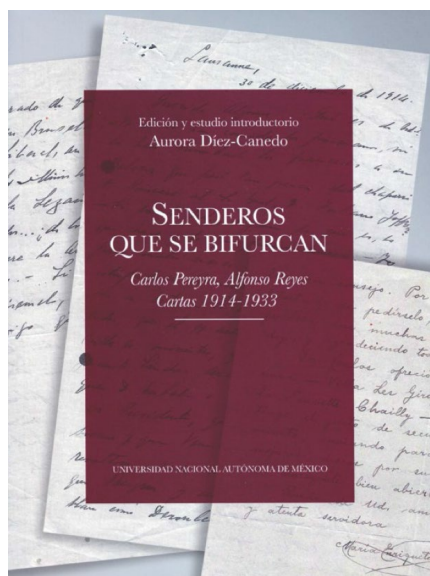
Citación:

RUPÉREZ PASCUAL, Miguel. «Pereyra, C. y Reyes, A. (2021). *Senderos que se bifurcan. Cartas 1914-1933*. Edición y estudio introductorio de Aurora Díez-Canedo. Universidad Nacional Autónoma de México». *América sin Nombre*, 31 (2024): pp. 199-203, <https://doi.org/10.14198/AMESN.25155>

Resumen:

Reseña de Miguel Rupérez Pascual. «Pereyra, C. y Reyes, A. (2021). *Senderos que se bifurcan. Cartas 1914-1933*. Edición y estudio introductorio de Aurora Díez-Canedo. Universidad Nacional Autónoma de México». 216 pp. ISBN: 9786073041645.

Palabras clave: Alfonso Reyes, Carlos Pereyra, María Enriqueta Camarillo, correspondencia, epistolario, exilio.



Aurora Díez-Canedo se ha encargado de editar la correspondencia disponible entre Carlos Pereyra y Alfonso Reyes, comprendida entre los años de 1914 y 1933. Como aclara la investigadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de

© 2024 Miguel Rupérez Pascual



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Investigaciones Filológicas de la UNAM, la mayoría de las cartas incluidas en este libro son las que Pereyra dirigió a Reyes, que este conservó en su casa-archivo, la Capilla Alfonsina de la capital mexicana a cargo hoy del Instituto Nacional de Bellas Artes. Se desconoce el paradero de las respuestas de Reyes a Pereyra debido a que el archivo del historiador mexicano está perdido, fallecido en Madrid en 1942. Tan solo se conserva una gracias a la copia que resguardó el propio Reyes, preservada probablemente porque se trata de la acerada discusión que mantuvieron acerca de la opinión que este emitió sobre aquel en *El testimonio de Juan Peña* (1930). Cabe destacar que también se incluyen siete misivas dirigidas por María Enriqueta Camarillo a Reyes. Aunque falten las respuestas de Reyes, tiene razón Aurora Díez-Canedo en que merecía la pena editar las que recibió de Pereyra y Camarillo, pues permiten ya no solo trazar la evolución de la relación intelectual entre estos tres escritores mexicanos, sino también asomarse a su gestión más íntima de las dificultades emocionales y profesionales que entrañan los exilios, en las que aflora la desazón pero también, por mor de la necesidad, los recursos para abordarla: el sentido del humor supone un antídoto anímico que Pereyra domina con destreza y el esfuerzo de estos tres escritores por establecer nuevos vínculos profesionales en España resulta admirable, proceso que estas cartas permiten seguir con detalle y que concluye con excelentes resultados de éxito para los tres. Ha de señalarse, antes de proseguir con esta recensión, que Aurora Díez-Canedo ya había editado la correspondencia entre Enrique Díez-Canedo y Juan Ramón Jiménez en 2007 (El Colegio de México) y entre Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes en 2010 (UNAM/Fondo Editorial de Nuevo León), por lo que cuenta con experiencia consolidada en el estudio de epistolarios y contribuye así a la edición de la ingente correspondencia que mantuvo Reyes, sobre la que ya en 2009 se habían publicado más de cincuenta estudios, según refirió Adolfo Castañón en su edición *Cartas mexicanas (1905-1959)* publicada por El Colegio de México (p. 18).

Este epistolario muestra que Pereyra y Reyes mantuvieron una relación constituida por diferentes fases: de profesor-alumno, de compañeros de diplomacia, de compañeros de exilio y, al final, de disputa. Su relación primero fue académica, ya que Pereyra fue profesor de Reyes de historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria, donde asimismo enseñó a Martín Luis Guzmán y donde fue compañero de Victoriano Salado Álvarez, con quienes Pereyra también se reencontraría en España. Después de esa primera etapa de docencia, Pereyra y Reyes fueron colegas en el cuerpo diplomático de Victoriano Huerta, el primero destinado en Bélgica y Países Bajos y el segundo en Francia. Ambos sufrieron la extinción tajante de su servicio por parte de Venustiano Carranza, quien no quiso tener ningún vínculo con los diplomáticos huertistas. Además, tras su expulsión, sufrieron un doble exilio: el de no poder regresar a México al ser considerados representantes del régimen contra el que peleaba la Revolución mexicana, y el de tener que huir de los países

europeos donde residían debido al estallido de la primera guerra mundial. Reyes se refugió en Madrid desde 1914, Pereyra junto con Camarillo, en Suiza. Desde la ciudad de Lausanne Pereyra le envió cartas que revelan sus esfuerzos por abrirse camino profesional una vez perdido el asidero diplomático. En principio Pereyra no pretendía abandonar Suiza porque estaba bien instalado con su familia, pero deseaba sustituir las clases y las traducciones prosaicas a las que no le quedaba otro remedio que dedicarse por colaborar con medios argentinos y españoles. Pereyra también transmite en sus cartas desde Suiza su intención de traducir, incluso al alimón con Reyes, y su deseo de que estos proyectos editoriales despertaran el interés de Rafael Altamira, Rufino Blanco-Fombona, Rafael Labra y Amado Nervo. En la carta del 14 de agosto de 1915 se lamenta de que el ofrecimiento que le hizo Altamira para ayudarle hubiera quedado en nada, aunque insiste en buscar opciones en Madrid, como las traducciones: «Creo que, para entrar, esto de las traducciones sería eficazísimo, y habrá modo de que ganemos dinero los dos. Ya verá. Hay que tener fe en el trabajo» (p. 93). Recordemos que en esta época Reyes también se estaba abriendo camino a la desesperada, como ha explicado Alfonso García Morales en «Alfonso Reyes en España», artículo recogido en el primer volumen de *Viajeros, diplomáticos y exiliados. Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*, publicado por Peter Lang en 2012. Pereyra oscila entre la tenacidad, el humor y la desesperación, pues todavía en 1915 llega a declararle a su interlocutor que «estoy enteramente resuelto a aceptar hasta lavar el W. C. del Sr. Altamira» (p. 94). Durante esta estancia en Suiza Pereyra escribió *El mito de Monroe*, *El crimen de Woodrow Wilson* y *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática*, tres libros que pocos años después logró publicar en España, y Camarillo, poemas y cuentos que en la década siguiente, la de los veinte, aparecerían compilados en la editorial Espasa-Calpe. Reyes sería el principal apoyo del matrimonio, quien más eficaz resultaría para integrarlos en el esplendoroso sistema literario español de la época, conocido como la Edad de Plata. Por ejemplo, puso los poemas de Camarillo en manos del influyente crítico literario Enrique Díez-Canedo, lo que la escritora veracruzana le agradeció encarecidamente, o incluso acogió en su vivienda madrileña a Pereyra en un primer viaje provisional que hizo a Madrid en 1916 para tantear la posibilidad de continuar ahí el exilio. No obstante, en esta estancia aconteció la primera desavenencia, puesto que, según llegó a expresar Reyes, Pereyra resultó egoísta y engreído, aunque la relación aún no se rompería.

Finalmente, el matrimonio decidió continuar su exilio en Madrid. Las cartas recogidas en este libro permiten también repasar la trayectoria editorial en España del matrimonio Pereyra-Camarillo, trufada de reconocimiento por parte de la crítica y de éxito ante el público, logrados además con independencia, porque no les interesaron los cargos públicos ni la vida social de las tertulias. Pereyra llegó a ser un activo conferenciante y un historiador de referencia en España gracias a su

Historia de la América española (ocho volúmenes publicados entre 1920 y 1925) y su *Breve historia de América* (1930), mientras que Camarillo cosechó el éxito con su novela *El secreto* (1922), que se tradujo al francés, al italiano y al portugués y que la posicionó como poeta y narradora de referencia en el sector editorial y la prensa españoles de la época. Pero para llegar a esta posición de prestigio, Pereyra y Camarillo tuvieron primero que trabajar denodadamente como traductores para la editorial América, creada en Madrid por el venezolano también exiliado Rufino Blanco-Fombona, y para diversas publicaciones periódicas españolas, como el diario *El Debate*. Asimismo, Camarillo sufrió por la polémica en la que se vio envuelto Francisco A. Icaza porque ejerció como su secretaria en la comisión oficial creada en México para investigar en los archivos europeos acerca de la historia mexicana. En los anexos, Aurora Díez-Canedo recupera tres textos publicados en el semanario *España* sobre el escándalo que se dio en México por el caso del *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España* firmado por Francisco A. Icaza tras retomar las investigaciones que, al fallecer, había dejado sin editar Francisco del Paso y Troncoso, el primer comisionado. Igualmente, las cartas escritas por Camarillo demuestran su posición activa dentro del sistema literario hispánico, pues refiere su contacto con otros intelectuales como los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña, por ejemplo, y porque en ellas opina sobre poesía, de modo que puede comprenderse su persistencia modernista incluso a lo largo de la década de los veinte:

Pocos versos me gustan a mí, y entre los modernos *poquísimos*; pero usted no está contaminado de locuras. La razón y la lógica le asisten siempre, como cimiento bien calculado, para sostener sus edificios sentimentales. Por eso todo lo suyo agrada y recrea a satisfacción. ¡Qué buen rato de olvido me ha dado usted con la lectura de estos versos tan bien cortados y tan finos! (p. 117).

Además de repasar las trayectorias intelectuales de Pereyra y Camarillo en Madrid, en su estudio introductorio Aurora Díez-Canedo compara las de Pereyra y Reyes, quienes durante los primeros años de exilio español –hasta 1921, año en que Reyes se reincorpora al servicio diplomático mexicano del Gobierno de Álvaro Obregón– compartieron también medios escritos, como el periódico *El Sol*, la revista *España* y las editoriales América y Calleja. Aurora Díez-Canedo señala que ambos fueron hispanófilos, pero con diferencias, porque al Reyes ateneísta le interesó la recuperación de los clásicos literarios españoles y de la cultura clásica llevada por España a México, así como la literatura de la Edad de Plata española, pero en ningún caso terminó, como Pereyra, adhiriéndose al franquismo, al contrario, pues como es sabido ayudó a la integración de los exiliados republicanos en México al crear La Casa de España, germen del actual El Colegio de México. Pero, dentro de estas diferencias, es destacable que Aurora Díez-Canedo sepa anotar la influencia de Pereyra en Reyes, no solo en conocimiento historiográfico, sino también incluso

en detalles estilísticos en cuanto al uso de ciertas metáforas, puesto que Pereyra era un escritor de prosa refinada.

Ya a principios de la década de los treinta, cuando Reyes fungía como embajador de México en Río de Janeiro, aconteció el enfrentamiento epistolar que se puede seguir por completo gracias a la copia que este reguardó. Esta disputa supone el clímax de la correspondencia por la gravedad de las acusaciones entre quienes fueran alumno y profesor a raíz del recuerdo que el primero le dedicó al segundo en *El testimonio de Juan Peña*: Pereyra no encajó bien que Reyes fuera representante diplomático del régimen posrevolucionario y que lo recordara como un docente propio del Porfiriato. Más allá de lo escabroso, sobre todo por los comentarios hirientes de Pereyra, es interesante atestiguar su disentiimiento acerca del Porfiriato y las distintas fases de la Revolución, así como la confesión de Reyes acerca de lo difícil que le resultó psicológicamente rehacer su vida tras el trágico y vituperado deceso de su padre. Este intercambio de golpes supuso el final de la complicidad epistolar.

Aurora Díez-Canedo, quien ya había editado con destreza la correspondencia entre Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes, vuelve con este libro a recuperar un epistolario valioso, que acrecienta el conocimiento sobre la ingente obra de Reyes, rescata la trayectoria de Pereyra y Camarillo y revela la importancia del contexto internacional en el que acaeció este diálogo, puesto que se dio principalmente en España pero también desde Suiza, en el caso de Pereyra y Camarillo, y Brasil, en el de Reyes. Este libro enriquece el conocimiento sobre tres escritores que sufrieron el exilio, desde el que Reyes y Pereyra no dejaron de escribir sobre México, pero que también se integraron, y a la perfección, en el feraz sistema cultural español del primer tercio del siglo XX, a pesar de la disparidad de sus destinos: Reyes terminó regresando a su añorado México en 1939; Pereyra, en cambio, falleció en Madrid en 1942, tras haber ingresado en el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en ese mismo 1939; mientras que Camarillo permaneció en Madrid hasta 1948, año en que regresó a México, aunque desde la guerra civil española no volviese a publicar.